

DEL INDIVIDUALISMO AL TOTALITARISMO

Andrés Huneus Pérez



El marxismo brotó en la Europa de mediados del siglo pasado como una violenta protesta contra las consecuencias de un sistema muy liberal que, antes de rendir todos los frutos de un inmenso proceso de expansión industrial, sumió a las capas obreras de los países avanzados en las condiciones de vida más degradantes que es dable imaginar. Solamente la Alemania de Bismarck tuvo una política previsora, al tomar medidas sociales para enfrentar las inhumanas consecuencias del éxodo masivo hacia las ciudades que produjo la “revolución industrial”.

La pasión política del comunismo y su diagnóstico de la vida social —suscitados ambos por una concepción equivocada de la realidad, como es la idea de que toda la historia humana se explica en función de los procesos económicos subyacentes— sirvieron, sin embargo, para concentrar la atención de muchos hombres en los problemas económicos y sociales. Pero a medida que se ampliaba el ámbito electoral de las democracias, esta postura perdió, con frecuencia, buena parte de su sinceridad y pasó a convertirse en muchos casos en una plataforma política que orienta en forma muy activa y excluyente las tareas del Estado hacia la economía, como única manera de mantenerse en la cumbre.

Así, pues, la influencia que ha tenido el marxismo en la gestación de un enfoque económico de la historia y de la sociedad; el éxito de las economías industrializadas del siglo pasado y del presente; y, por último, las obligaciones políticas que crea la democracia de masas son todos factores que contribuyen hoy en día al predominio exacerbado de los asuntos económicos en la vida moderna. El éxito mencionado, que consiste en producir muchos objetos deseables para un poder consumidor cada vez más amplio y más ávido, engendra a su vez la posibilidad de intensificar el predominio de las consideraciones económicas, en vista de la satisfacción que produce en las masas contemporáneas este estado de cosas.

Los asuntos económicos, pues, dominan de hecho la visión y las inquietudes del hombre moderno hasta el punto de hacerle perder con frecuencia todo sentido o concepto de lo que verdaderamente ocurre en derredor suyo.

Se dice que el habitante de los países prósperos es materialista, en la acepción más vulgar del término, o sea, que aspira a disfrutar plenamente de todas las posibilidades de gozo sensible, bienestar y comodidad que opera la sociedad contemporánea, excluyendo de su vida más o menos completamente toda otra preocupación. Pero lo más verosímil es que antes de ser materialista en este sentido lo haya sido en otro más profundo, es decir, que haya tenido —aun cuando en forma más o menos incons-

ciente y sin rigores conceptuales o filosóficos—una visión puramente económica de la realidad.

Para pensar así no es necesario ser marxista ideológicamente. El hombre contemporáneo es poco dado a la especulación y las abstracciones filosóficas y, de hecho, se ve sumergido en un mundo dominado por problemas materiales. Quien vive a este lado de la cortina de hierro, pues viene a coincidir con el marxista, no tanto por un acto del pensamiento que da una interpretación económica a la historia y a la realidad en general, sino por un mecanismo de simplificación que circunscribe de hecho la vida, el horizonte humano y las preocupaciones a la esfera de la economía. Estas circunstancias aproximan a los marxistas y a quienes no lo son en un gigantesco esfuerzo común, orientado hacia el progreso material sin límites.

Pero hay algo más. Todo lo anterior tiene, a su vez, una profunda raíz en la evolución cultural de Occidente desde el Renacimiento hasta nuestros días. Sin esta evolución en el terreno de las ideas, en la concepción general de la vida y del ser humano, no se habría dado todo lo demás. Si no somos marxistas, tenemos que aceptar la profunda sentencia de Nicolás Berdiaeff: “los hechos se desarrollan en la realidad de los espíritus antes de manifestarse en la realidad exterior de la historia”. “Algo se ha alterado y destruido en el alma del hombre moderno”, agrega, “antes de que se alterasen y destruyesen sus valores históricos”. “Hay una correspondencia entre lo que pasa en las cimas de la vida espiritual y en el fondo de la vida material de la sociedad”.

II

Lo que ha ocurrido en las cimas de la vida espiritual es la pérdida de una visión orgánica de los asuntos humanos. Las antiguas creencias de la cristiandad se quebrantaron a raíz de la Reforma, pero no vino a reemplazarlas otra visión coherente, sino que se produjo un fenómeno de verdadera atomización y desintegración cultural.

Las ramas del saber se apartaron unas de otras, perdiendo sus vínculos con las nociones más generales y con un pensamiento superior que diese coherencia al conjunto del saber humano.

Dentro de cada individuo ocurrió algo idéntico respecto de las distintas esferas de in-

tereses, inclinaciones, actitudes o conductas ante la vida. Al no integrarse dentro de una concepción general de la misma, suele ocurrir que algún aspecto absorbe o deforma el equilibrio del espíritu y se convierte en una pasión dominante. De allí que la vida de relación se haya tornado extraordinariamente conflictiva, porque las sociedades humanas han desechado nociones que permitían integrar a los hombres entre sí bajo el alero de normas comúnmente aceptadas y reconocidas como válidas para regir la conducta individual y social.

Todo esto es lo que entendemos como la pérdida de una visión orgánica de los asuntos humanos.

Para evitar su desintegración, la sociedad europea tuvo que proclamar la tolerancia, en vista de que el intento de imponer por las armas una concepción religiosa en lugar de otra condujo a guerras prolongadas y crueles. Pero es enteramente obvio —o debiera serlo— que la tolerancia sólo puede preservar la vida de una sociedad mientras subsistan al menos ciertos principios aceptados por la generalidad de sus miembros y se exija su observancia. En otras palabras, la tolerancia no puede ser absoluta y de todo y tiene que fundarse, en último término, en la idea de que algunas cosas son verdaderas y otras, falsas. De no ser así, no habría argumento posible, siquiera, para reprimir la delincuencia común.

La tolerancia moderna, más que el resultado del respeto por los demás, es fruto de un profundo escepticismo sobre la verdad y la vida. Pero —tal como nos lo hace presente Gonzague de Reynold en “La Europa Trágica”— la juventud es enemiga del escepticismo y como no se le ha suministrado una imagen coherente de la vida, su vitalidad se torna revolucionaria o se destruye a sí misma.

De hecho ocurre que las sociedades modernas están gravemente afectadas —y de modo creciente— por la violencia. Ello no es algo casual. La razón más profunda del verdadero proceso de desintegración espiritual que padecen algunas de ellas tiene su raíz en el rechazo de la idea misma de la verdad, en la negación de la validez objetiva de toda norma de conducta. El terrorismo y la subversión política no son sino la máxima expresión de este profundo fenómeno, que pertenece al orden de la cultura y no al de la política contingente.

En otro orden de cosas, cabría señalar que las imágenes incomprensibles de las artes plásticas modernas son manifestaciones de lo mismo, en tanto que otrora fueron la expresión más alta de la vida de la comunidad en cuanto tal. Su actual incomprensibilidad deriva de su absoluto subjetivismo. No es una casualidad que los autores de este arte impenetrable sean con frecuencia seres desquiciados, que los marxistas utilizan con gran provecho como traficantes de sus ideas en las sociedades democráticas, en tanto que los destruyen en casa con la más despiadada rudeza.

Los siglos que presenciaron la demolición filosófica de lo que había sido la tradición espiritual de Europa hasta finales del siglo XVII forjaron una imagen de la realidad que parecía rigurosamente racional y culminó en el siglo XIX con una gozosa confianza en el progreso. Hacía creer ésta firmemente en un porvenir de cabal felicidad para el mundo. Víctor Hugo proclamó que dentro de pocos años los seres humanos habrían olvidado el nombre de las armas, en medio de ese clima de paz y bienestar que aguardaba a la Humanidad. La persistencia de esta ideología optimista, sin embargo, es notable, y es así como el Presidente Carter proclamó en 1977 el advenimiento en el siglo XXI de una paz y estabilidad nunca vistas en la Historia de la Humanidad. Estas esperanzas estaban condenadas a fracasar del modo más trágico, según lo ha podido ver Occidente en lo que va corrido del siglo. Ello debía ocurrir, porque sólo se fundaba en un optimismo supuestamente racional, pero que dejaba de lado una consideración realista de la naturaleza humana. En verdad, el hombre no es enteramente bueno ni se conduce en forma puramente racional, de modo que no siempre usa bien la libertad.

La libertad de las sociedades modernas no toma en cuenta este hecho tan simple y esencial y parte precisamente del punto de vista opuesto. La máxima expresión de éste son ciertas tendencias de la educación moderna que ven en el niño a un ser capaz de elegir sabiamente por sí mismo todo lo que es más conveniente para la vida y el desarrollo de su personalidad. Se rechaza, por ende, toda forma de coacción externa o propósito formativo.

La desintegración de la familia y las conductas antisociales propias de nuestra época son el precio que las sociedades occidentales

han debido pagar por este simple error de observación sobre la naturaleza humana.

La libertad sólo puede existir allí donde hay una noción compartida y aceptada de ciertas verdades —o de ideas que se consideren verdaderas— por un determinado conjunto humano, para inducirlo espontáneamente a una determinada conducta social que produzca resultados coherentes. Las sociedades están condenadas a ser altamente represivas, porque han destruido las bases espirituales de la conducta humana y de la cohesión social, de modo que no les queda más remedio para preservarla que el espionaje, la célula vecinal y la prisión para el disidente.

Pero algo parecido está ocurriendo en las sociedades más liberales y democráticas de todo el mundo. El Estado moderno ha extendido su presencia funcionaria y policial y sus controles sobre los ciudadanos de modo tal que un liberal del siglo pasado habría considerado intolerable y propio solamente de un Estado crudamente policial. Ninguna de las monarquías combatidas por los revolucionarios del siglo XVIII y de los levantamientos liberales del siglo XIX dispuso jamás de un dispositivo burocrático y de compulsión siquiera remotamente parecido al que surgió en las sociedades que se organizaron bajo las ideas democráticas triunfantes. Pero esto no es sino la consecuencia lógica, llevada a una culminación inevitable, de su propia noción de la libertad, que destruyó —como un atentado contra la libertad de la conciencia individual— toda noción de verdad, y pretendió resolver el problema del vacío dejado por ésta poniendo en su lugar la tolerancia de todas las ideas y de todas las conductas derivadas de ellas.

Los comunistas saben muy bien que esta receta, como fórmula política, no da resultados y de allí que la estimulen hasta en sus expresiones más exacerbadas y anárquicas en las sociedades que desean destruir y la nieguen rudamente en las sociedades que dominan. El ideólogo soviético Mikhail Suslov ha propiciado expresamente la utilización de todas las conductas individualistas antisociales que existen en Estados Unidos.

Las sociedades modernas han quedado, pues, enfrentadas a un problema quizás insoluble, dentro de los términos en que ellas lo sitúan. Pretenden ser libres olvidando que esa condición no puede existir sin una disciplina

espiritual de cada uno de sus miembros, que le permita adherirse por razones superiores al bien común, imponiéndose las limitaciones y sacrificios necesarios para hacerlo. Esa disciplina espiritual fue quebrantada por la exaltación del individuo que se inició con el Renacimiento y la progresiva destrucción, consumada en los siglos siguientes, de los vínculos espirituales superiores, tanto desde un punto de vista personal como en lo que se refiere a la sociedad en general.

Este largo trayecto de las sociedades occidentales hacia el individualismo y la atomización puede compararse, en cierto modo, con otro proceso similar ocurrido en la antigua Grecia. Su ocaso cultural y político —hasta ser conquistada por Macedonia— coincidió con un período en la historia de su filosofía que llegó a conclusiones sobre la vida en sociedad y la verdad comparables a los puntos de vista de nuestra época. La idea de la verdad en sí misma fue rechazada y un individualismo exacerbado y antisocial combatió toda la veneración que antes había merecido la polis, propiciando en cambio una vida aislada y vagabunda.

En otras palabras, pues, lo que ocurrió en las cimas de la vida espiritual de las sociedades occidentales fue el surgimiento de un individualismo radical que terminó por apartar al ser humano de toda norma objetiva de validez universal y superior a él mismo, a la cual debiera subordinar sus actos públicos y privados. Buena parte de esta actitud filosófica y práctica se canalizó hacia las actividades económicas, que adquirieron ya en el siglo pasado un ímpetu y predominio colosales, en no pequeña medida precisamente porque ellas fueron emancipadas de toda consideración ética superior.

El marxismo fue entonces una reacción brutal y no más sabia contra la atomización liberal y sus consecuencias económicas y sociales. La gran armonía que debía surgir de la persecución de los intereses individuales quedó convertida en la uniformidad opresora impuesta por el Estado totalitario y bolchevique.

III

Imposible era que todas aquellas ideas filosóficas, aparentemente tan alejadas del ámbito político, no hubieran tenido en él, sin embargo, las más graves repercusiones.

Una simplificación deliberada del pasado, con fines de propaganda ideológica y política, ha convencido a muchos hombres modernos (sin que en Chile hayamos escapado a estos prejuicios) de que la libertad política amaneció en el mundo con la Independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa.

El auténtico espíritu democrático (sin darle al término ningún sentido peyorativo, sino de estricta filosofía política), en la medida en que envuelve alguna forma de representatividad y consentimiento de los gobernados en la cosa pública, junto con garantías para el ejercicio de ciertos derechos esenciales de éstos, no es, en modo alguno un invento del siglo XVIII, pese a las creencias en este sentido, tan ampliamente difundidas. El siglo XVIII, el de las llamadas "luces", y el XIX denigraron de tal modo el pasado medioeval, por causa de los prejuicios religiosos, que ha sido necesario el trabajo acucioso de innumerables eruditos modernos y sin ideas preconcebidas para restablecer la verdad.

Los parlamentos y los estatutos de garantías individuales —cartas, fueros— surgieron en la Edad Media y los reyes de entonces distaban enormemente de ser monarcas absolutos. Sus poderes estaban muy limitados por las poderosas autonomías y privilegios locales y gremiales y, además, por una fuerte estructura jerárquica de la sociedad que suponía derechos y deberes hacia arriba y hacia abajo en esa escala, y no sólo derechos allá y deberes acá. El feudalismo como sinónimo de arbitrariedad y omnipotencia absolutista es, lisa y llanamente, una desfiguración de la realidad histórica. Sólo el olvido de la historia de las ideas políticas puede hacer pensar que la constitución norteamericana fue un episodio sin precedentes de ninguna especie. Ese documento y la Declaración de Derechos arrancan de la más rancia tradición política de la propia Inglaterra.

Pero la Revolución Francesa ya fue algo muy distinto. Este episodio contenía gérmenes que actuaron después en el gran estallido bolchevique de nuestro siglo. El "Contrato Social" de Rousseau, dice Gonzague de Reynold contiene tanto la democracia, con su punto de partida individualista, como su desenlace estatista. "Cada uno de nosotros", nos dice Rousseau, "pone conjuntamente su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general". Esta ingeniosa abstracción del pensa-

miento político no es sino un disfraz para la voluntad mayoritaria de las masas, pero sirve para declararla siempre justa, infalible y soberana. "Cuando la opinión opuesta a la mía", agrega, es la que "prevalece, ello significa tan sólo que yo estaba equivocado". De allí deduce que, según él mismo lo formula, la voluntad general "obligará a ser libre" al disidente. Los lavados de cerebro de nuestro tiempo no vienen a ser más que una fórmula perfeccionada de lo mismo, para corregir la equivocación y convertirla en consentimiento.

De la infalibilidad del pueblo soberano de Rousseau a la infalibilidad del Estado totalitario no hay más que un paso. Francia lo dio dentro del breve lapso de su ciclo revolucionario: la libertad, la igualdad y la fraternidad se convirtieron pronto en el Terror, el despojo y las degollinas. Todo ello remató en Napoleón, fruto genuino del oportunismo revolucionario, cuyas guerras costaron a Francia 500.000 vidas y asolaron a Europa con no menor avidez que las de Hitler o Stalin. Baste recordar que Francia, aparte de ver la caída vertical de su natalidad, sólo vino a recuperar los índices de comercio exterior anteriores a la Revolución a mediados del siglo XIX.

Diéronse, pues, ya en el siglo XVIII ingredientes filosóficos y políticos para iniciar grandes revoluciones: un espíritu reformista, que pretendía organizar íntegramente la sociedad de otro modo y de arriba a abajo, a fin de crear una nueva, feliz y perfecta; gran fe en el Estado como supremo realizador de estas ideas; la pasión por la igualdad; el odio de clases y el desprecio por el pasado.

El más profundo parentesco entre la Revolución Francesa y la gran aventura comunista es el intento de crear una sociedad —más todavía, un mundo, y por eso ambas se proyectan más allá de su ámbito original— enteramente nuevos y a escala universal. Ambas revoluciones anuncian el surgimiento de una Humanidad distinta, construida sobre las ruinas de todo lo que había existido antes y con otros materiales. Ambas suponen una nueva visión de la naturaleza humana y de la historia y creen en la posibilidad de fabricar realmente la sociedad ideal que imaginan. Pero como se fundan en una concepción contraria a la realidad de dicha naturaleza, tienen que imponerse por la violencia más feroz y, a pesar de todo, no logran hacer surgir la nueva Humanidad.

Ambas revoluciones han creído en la posibilidad de reformar al hombre y su mundo social por medio de cambios externos al hombre, o sea, en el mundo que lo rodea y sus estructuras, dejando intactos los oscuros repliegues del alma humana y sus pasiones. Los mayores bienhechores de la Humanidad han procedido siempre al revés.

No es sorprendente, por lo tanto, que un análisis de los personajes de primer plano, tanto en el caso de la Revolución Francesa como en el de la Revolución Bolchevique, nos revele en cada uno de ellos un pequeño gran mundo de bajezas, deslealtades y ambiciones, todo ello sazonado con frecuencia de un orgullo colosal y despiadado. Un verdadero prontuario delictual y aun psicopático podría recopilarse sin gran dificultad para muchos de ellos. De otro modo, por lo demás, no se explicaría el cúmulo de indecibles aberraciones cometidas en ambos casos.

IV

Nuestras sociedades occidentales no se encuentran bien equipadas, en el orden del espíritu, para enfrentar al comunismo. Al legado del individualismo dieciochesco —que deja al hombre solo ante el Estado, convertido en un átomo, con conceptos relativos y finitos sobre todas las cosas— se agrega ahora la sociedad de masas, que organizan las democracias liberales, embriagadas por el progreso material y el consumismo. "El comunismo", dice Soljenitsyn, "no puede realizar sus ideales sino destruyendo la base misma de la vida de un país". El Occidente le ha facilitado la tarea, despedazando todos los valores de una cultura varias veces milenaria y que ha conducido una y otra vez al ser humano a las más elevadas cumbres de su perfección posible. Ninguna fórmula de contención del comunismo puede ser exitosa si se le permite socavar la forma de vida y los valores que han sustentado a un pueblo por generaciones. El comunismo detesta, por eso mismo, la historia, la nacionalidad y todo valor que arraigue al ser humano en una realidad superior y permanente, anterior al Estado y por encima de él.

Es obvio que para Chile no ha pasado el peligro marxista; pero es un error fatal pensar que la amenaza sólo viene de afuera o de las células que conserve activas el partido y las colectividades afines dentro del país. Aparte del grave problema político y militar que presenta

la subversión, no hay que olvidar que otro aspecto vital de la lucha se da en el ámbito del espíritu y de la cultura. El único modo de sobrevivir es conservando intactas las raíces que han hecho de nuestro país una sociedad ordenada, sobria y coherente.

